



MARIELA GHENADENIK

ODISEA  
DEL  
HAMBRE

dNX

*Para mis padres, Jorge y Victoria,  
y mis hermanos, Adrián y Gabriel.*

*También para mi abuela Sara  
y para mis ancestros.*

*Gracias por traerme hasta acá.*

dNIX DEL  
NUEVO  
EXTREMO

## Introducción

Es el año 2067 y, si bien se han logrado superar algunos desafíos que amenazaban al planeta a comienzos del milenio –destrucción ambiental, cambio climático, crisis energética–, la contracara de los primeros años de bienestar produjo más longevidad y superpoblación.

Junto con el aumento poblacional se impuso la teoría de que la Tierra no podría soportar el peso de tanta gente, lo que alteraría su órbita y la acercaría al Sol, amenazando toda vida en el planeta. Esto generó la creación de nuevas leyes de regulación que determinan cuánto tiempo se puede vivir, cuánto se puede pesar y, sobre todo, cuánto se puede comer.

La falta de espacio y de trabajo por el aumento demográfico, la redistribución territorial y de recursos son algunas de las dificultades que se enfrentan. Por esta razón, ningún ser humano puede vivir más allá de los 90 años –100, si se logra juntar el dinero para una Extensión Vital–, y se busca impedir que el peso corporal sobrepase las regulaciones vigentes para evitar el cambio en la órbita terrestre.

La idea de comer por gusto y no por supervivencia pasó a ser el mayor problema a organizar. Para la ideología reinante, el apetito sin fin conduce a la indisciplina, que genera la sobrecarga en la producción de determinados alimentos, estresa los recursos planetarios y desestabiliza el clima.

A pesar de haberse solucionado globalmente el tema de la alimentación, todas las personas deben mantener un margen saludable

de “hambre” constante para mantener a raya la gula individual, considerada el germen del desastre.

Las personas solo pueden ingerir alimentos de acuerdo con lo que establece el Plan de Alivio Planetario y no deben sobreestimar su afán por la comida. Quienes no pueden ajustar su conducta y peso –los denominados Abundantes Gravitacionales– son retirados del Plan y forzados a alimentarse con ingredientes altos en grasas y azúcares para “pedalear” y hacer funcionar máquinas generadoras de energía limpia, dado que aún no se han desarrollado mejores fuentes estables de energías no contaminantes que la potencia humana. Las energías contaminantes aún existen, pero se reservan estrictamente para el funcionamiento de la sociedad, como el alumbrado público, la producción del superalimento base y el agua corriente, entre otros.

La prioridad mundial es cuidar el planeta, reducir al mínimo sus desechos y recomponer el ecosistema dañado durante siglos. Los viajes en avión están reservados para una élite, las ciudades con automóviles son el privilegio de los organizadores, es decir, los que aportan al mundo tecnología y alta capacitación, y también los que aportan alimentos o su acopio natural de agua dulce.

Los veraneos en playas paradisíacas, la exploración de senderos montañosos, la contemplación de la naturaleza en su estado más genuino solo son accesibles a quienes pueden pagarlos, mientras que las personas que trabajan deben vivir en zonas designadas y, a cambio de eso, se les permite acceder a “experiencias sensoriales recreativas no contaminantes”.

Sofía Martínez Castro nació en 2040, considerado el inicio de la Etapa de Acomodamiento. Perteneció a una casta privilegiada que, supuestamente, no suele exceder su tamaño corporal ni su conducta alimentaria. Pero, en 2050, se superó la cantidad esperada

de población y entró en vigencia de manera urgente y mundial el Plan de Reparación Posible.

Cinco años después, Sofía cometió un acto considerado impropio y su madrastra confabuló para mandarla a un Campo de Recontextualización. A partir de ese momento comenzó una pesadilla que cambió su vida por completo.

**dnX** DEL  
NUEVO  
EXTREMO

**Primera parte**

**dnX** DEL  
NUEVO  
EXTREMO

## 01.

Los Controladores Subterráneos sobrevuelan el techo de la estación. Sofía se estira todo lo posible para respirar un poco de aire entre la muchedumbre mientras aguarda a que llegue el siguiente tren. El calor es agobiante, hoy no le toca comer, y beber antes de subir al transporte está fuera de posibilidad; deberá esperar hasta después de pesarse en la sesión grupal. ¿Es sugestión o falta el aire? Cierra los ojos e intenta controlar su respiración; el corazón le late tan fuerte que mueve la tela de su camisa. Arrepentida de haber elegido el tren subterráneo, debería haber tomado la corre-  
vía; piensa en las zapatillas que olvidó en la puerta de su casa o, mejor dicho, que su abuela le pidió que no llevara, “te vas a cansar demasiado si vas y venís corriendo”, le había dicho. Y tenía razón, el agotamiento corporal en los días que no le toca comer es muy intenso.

Balanea su postura: separa un poco los pies, procura que se toquen todos los apoyos, endereza la cadera para repartir bien el peso y sube un poco el torso para levantar la cabeza. Así puede mirar por los ventanales artificiales ubicados en las paredes de la estación; estos simulan una geografía que ya muy pocos tienen el privilegio de ver en vivo y en directo. Un glaciar gigante, con tonalidades azules se rompe en pedazos que rebotan contra un río helado. La frescura de esa imagen la alivia un poco mientras recuerda las veces que su abuela le contó lo emocionante que fue para ella ver un pedazo de roca congelada desmoronarse sin motivo aparente. En otro ventanal, unas cataratas descomunales rompen contra un río oculto tras el vapor que sube hacia un cielo azul

intenso. La escena cambia y un lago color esmeralda refleja una cordillera de hermosas montañas nevadas.

Las imágenes de frescura la alivian un poco, pero la tremenda sed la hace dejar de mirar los ventanales artificiales y nota que las sensaciones corporales se hacen cada vez más difíciles de gestionar. *Tranquila, Sofía, hay aire suficiente*, piensa. Ideas catastróficas se agolpan en su cabeza a tal velocidad que no logra desarmarlas con la lógica, y la certeza de que va a morir asfixiada o aplastada dentro de instantes es tan fuerte que comienza a transpirar y le cuesta serenar su respiración entrecortada.

Si tuviera su bicicleta no tendría que forzarse a tomar ese tren espantoso. Hace un cálculo mental del tiempo que le falta para cobrar su sueldo y retirarla del taller de reparaciones. Trata de recrear el frescor de sentir la brisa en la piel y poder olvidarse de la nuca transpirada que tiene delante de ella.

Analiza una vez más la situación: si pudiera ingeniárselas para salir, igualmente llegaría tarde a su reunión. Ya no tiene margen de tiempo para ir caminando ni dinero para pagar un vehículo aéreo no tripulado. Quedarse donde está es su única opción.

Se estira otra vez para tomar aire; sin querer, abre los ojos y el corazón casi se le sale de la boca al ver que la muchedumbre se agolpa hasta la escalera de entrada. Está atrapada y la noción de que no tiene escapatoria si sus ideas catastróficas se hicieran realidad se convierte en sensaciones corporales cada vez más intensas. *No puedo morir acá. No puedo morir así.*

—Ni se te ocurra llamar a los Controladores, Sofía. —Leandro la frena antes de que siquiera comience el gesto.

—No soporto más, me asfixio, quiero que me saquen de acá. —Leandro toma a Sofía de la mano, que intenta soltarse sin éxito.

—Concéntrate, no te desmayes, solo faltan dos minutos. —La sostiene de la cintura—. Cerró los ojos y respiró —le dice al oído,



pero Sofía no puede dejar de mirar el enjambre de hombres y mujeres armados que flotan con arneses por encima de la gente y quiere llamarlos para que la saquen de la multitud. *Me estoy muriendo*, es lo que quisiera gritarles como pedido de ayuda.

Si no fuera porque necesita que le firmen la libreta sanitaria se permitiría desmayarse de una buena vez y dejar que los arneses la saquen del lugar. Pero Gerónimo, su jefe, le advirtió que “la cosa se está poniendo espesa”. “Están muy tercos los de Recursos Humanos, Sofi. Todos los Residentes tienen que presentar la libreta; ya no sirven las exenciones bianuales”.

*Claro, fácil para un Normalizado*, piensa. Volver al grupo de Tratamiento y Control es una pesadilla después de tantos años.

Los chalecos le pasan rozando, generando una pequeña brisa que hasta sería reconfortante si no le gritaran: “¡La vista al frente, señorita!”.

Vuelve a acomodar su postura: vista al frente, brazos a los costados, pies paralelos. Una de sus manos encuentra una dosis sublingual que, apenas se alejan los Controladores, logra ubicar con disimulo dentro de su boca. En menos de un minuto le hace efecto; en menos de ese tiempo comienzan a quietarse los latidos de su corazón, dejan de transpirarle las manos y puede hacer al menos una respiración profunda. Poco a poco, logra serenarse.

“ASISTENCIA ANTE EL CRECIENTE DESAFÍO POBLACIONAL”, dicen las letras alrededor de un planeta Tierra en la parte de atrás del chaleco de los Controladores.

¿Aún existirá alguien que crea que la tarea de estas personas es la de asistir y ayudar? Se detiene un instante a pensar en las palabras *desafío poblacional*. Lo que iba a ser un acuerdo mundial temporario para salir de la crisis que amenazaba al planeta terminó por establecer una forma de vida que dista mucho de ser lo que prometieron: una transición cuidada, un esfuerzo colectivo para lograr el bienestar de la humanidad.

Con estas y otras frases le taladraron el cerebro apenas llegó al *espacio cuidado* donde la iban a *recontextualizar* corporalmente en pos de un *beneficio global*. Un pequeño sacrificio altruista que ella y las demás personas que presentaban *desafíos dimensionales* debían hacer. Pero lo que al principio era una renuncia heroica pronto se convirtió en el horror, después de que uniformados similares a los que sobrevuelan a su alrededor la pesaran, midieran y recategorizaran a ella y a centenares de personas que llegaron igual de desorientadas al Espacio Cuidado de Recontextualización Corporal para Personas con Desafíos Dimensionales y Abundancia Gravitacional.

*Todo es culpa de Leandro. También esto es su culpa.* Tuvo que tomarse este transporte del infierno porque él la retuvo a la salida del trabajo con su insistencia de querer hablarle, de compartir al menos unas calles juntos. Sofía terminó por acceder para no hacer una escena delante de sus compañeros. ¿Después de todos estos años, Leandro? No le preguntó cómo ni por qué fue a parar a la misma unidad que ella. *Estará aburrido y necesitará hacer algo con su tiempo, pensó; pero quién en su sano juicio pediría trabajar en la Agencia.* Levanta la vista: ve algunas canas incipientes en su abundante pelo castaño. Prefiere recordarlo como cuando eran adolescentes. ¿Cuánto tiempo convivieron en total? Sofía hace cálculos desde el año en que su padre se casó con Soledad, luego de la muerte de su madre, y el tiempo que tardó en hacer un bolso e irse a vivir con la abuela. ¿Un mes? ¿Una semana? Después de eso, apenas se saludaban cuando Sofía iba de visita; pero lo que se dice vivir bajo el mismo techo... ¿cuánto habrá sido?... sí, tal vez, un mes. Se estremece, la sola idea de recordar algo de esa etapa le trae una profunda amargura.

—Ya me siento mejor, Leandro, soltame, por favor —dice; él la mira para asegurarse de que está bien.

Cuando se vieron por primera vez, hace más de doce años, le había parecido el chico más lindo y bueno del mundo. Su papá le había anticipado información sobre su nueva mujer, pero no se le ocurrió presentársela antes de casarse. Fue conocer a Soledad y a Leandro y empezar a convivir los cuatro en el mismo momento. Apenas abrió la puerta y los vio ahí parados, sintió cómo su vida cambiaba para siempre; Soledad acercó su cara para darle un beso al aire y le soltó esta advertencia: “ni se te ocurra decirme madrastra”. Leandro le sonrió sin quitar la vista del suelo. Tenía los ojos más verdes y brillosos que había visto; quién iba a decir que gracias a ese desconocido con cara de desamparo la vida le daría un vuelco tan grande como para saber en carne propia lo que sucede realmente en los Espacios Cuidados de Recontextualización Corporal para Personas con Desafíos Dimensionales y Abundancia Gravitacional.

—¿Te enteraste de que ahora vamos a cobrar a sesenta días? —Sofía lo mira. Sin bicicleta y sin dinero para pagar el arreglo tendrá que levantarse aún más temprano e ir caminando al trabajo. El subterráneo por la mañana es aún más imposible que por la tarde.

El único consuelo es que el pago de las cuotas de su NyC no está en riesgo; prefiere ir en cuatro patas a trabajar que atrasarse un día en pagar la mensualidad que le permitirá volver a ser una Nacida y Criada, una vez que rinda el examen. Cualquier detalle que un ser normal dejaría pasar por insignificante puede convertirse en un dato para rechazar su solicitud, y no quiere arriesgarse por nada del mundo. *Son unos meses más*, suspira. Después ya nadie podrá cuestionarla ni intimidarla en plena calle, ni hacerle rendir cuentas sobre su pasado. Volverá a ser una Nacida y Criada. De las que trabajan, pero NyC otra vez al fin.

—¿Cómo es eso de los sesenta días? ¿Hábiles? ¿Corridos? — Trata de respirar, otra vez le falta el aire—. Estoy bien, mantenete en tu espacio, Leandro.

Una anciana delante de ella pela una lámina de sustituto de caramelo y le hace un gesto a Sofía de que no diga nada, “a mí también me está por bajar la presión”, le explica y le ofrece uno. Ella no responde, aunque su estómago cruje ante el dulce aroma a cereza.

Aprieta los puños, tensa el ombligo y traga saliva para aplacar el hambre; ruega que los Controladores no vean a la mujer hablándole ni descubran la sustancia aromática.

—Tal vez sean menos. Sesenta es muchísimo —dice Leandro.

Sofía se pone en puntas de pie para respirar algo del oxígeno que los Controladores finalmente deciden echar. *No era solo mi idea que faltaba el aire.*

—¿Querés que te alce? —Antes de responder, Leandro la levanta durante unos segundos y Sofía al fin respira un poco mejor. Delante de ella, el océano de cabezas se asemeja a las rocas del fondo del mar. Pronto ve acercarse el tren y el frescor de la velocidad junto con el oxígeno renovado resultan un momentáneo alivio.

—Ya está bien, gracias —le dice mientras la fila avanza veloz y ordenada. Se escucha el ping del escalón-balanza por cada uno de los que suben. En menos de un minuto los vagones se completan y los Organizadores Corporales empujan a los últimos para que puedan cerrarse las puertas.

Sofía, Leandro y el resto de los pasajeros quedan más cerca del andén y más libres de movimientos; se respira mejor.

“Aléjense de la línea amarilla”, los Organizadores Corporales tocan a los primeros de la fila con un puntero. “Aléjense de la línea amarilla”, vuelven a gritar y a empujar a todos hacia atrás, mientras la marea humana que viene de la entrada presiona insistente al escuchar un nuevo tren acercarse a la estación. Leandro atina a proteger a Sofía antes de que se caiga y quede presa de la estampida.

—Te tengo que entrenar en esto de viajar en transporte público, Sofi —ella no responde—. Tranquila, que ya pronto subimos.

Esta tarde no hubo incidentes, así que con suerte no habrá interrupciones en el servicio. ¿Quieres un poco de agua? ¿Gel hidratante?

—No, no quiero nada —responde fastidiada. Aunque se muere de sed, mejor no arriesgar sus chances de viajar.

La muchedumbre empuja otra vez y Sofía pisa un panfleto que dice “BASTA DE MENTIRAS. EL PLANETA ESTÁ EN SU ÓRBITA”. La fila avanza para entrar al vagón y Sofía se agacha para agarrarlo y lo esconde rápidamente antes de que el Organizador o alguno de los Controladores descubran el papel.

El escalón-balanza acepta el peso de Sofía, el de Leandro y el de los pasajeros que los rodean. Se acomodan cerca de la ventana del otro extremo con los brazos cruzados sobre el pecho para ocupar menos espacio mientras el escáner revisa que todos estén optimizando su lugar.

—La señorita de los pantalones morados, descruce las piernas que esto no es una reunión familiar —grita el Controlador desde el techo de vidrio— y usted, el señor de la camisa amarilla, ponga los brazos en cruz y la mochila entre las piernas o lo bajo del vagón.

Después le grita al Organizador de la puerta que haga ingresar a algunos pasajeros más. Sofía vuelve a tomar una bocanada de aire, aliviada de al menos estar cerca de la ventanilla.

—Ya están empujando a los últimos y cierran la puerta — Leandro intenta calmar a Sofía, detrás de las personas que quedaron entre ambos—. Pronto bajamos.

Pero apenas Leandro dice esto se apagan las luces y comienza a sonar la alarma de la balanza, “todos quietos”, gritan por altoparlante, mientras los arneses aterrizan con linternas sobre el techo vidriado del convoy y rodean al excedido.

—Por favor, tengo que llegar a mi casa, es una emergencia, déjenme viajar —se escucha entre las sombras a lo lejos.

—¡Bajese! —grita uno de los soldados.

—Son solo doscientos gramos...

—A las bicicletas. Dos horas de pedaleo y después se podrá ir.

—Tengo que ir a mi casa urgente, por favor —implora el hombre, la voz cada vez más lejana mientras lo abducen fuera del vagón.

El altoparlante comunica que ya fue normalizado el servicio; las puertas se cierran y, aunque Sofía tiene una masa de gente sobre su espalda, al menos se siente aliviada de no estar entre los que quedaron varados en el andén y deberán esperar a que terminen de reducir al infractor. Atrás queda el operativo que tendrá a la gente atascada durante media hora más como mínimo, según comentan algunos pasajeros.

Pronto el vagón en el que se encuentra entra en un túnel y otra vez se apagan las luces. Sofía tiene cada vez más personas encima de ella.

—Qué te pasa, huesuda, dejá de moverte —le dice alguien a su espalda.

—Me estás aplastando —responde Sofía.

—¿Y dónde querés que me ponga? Si no te gusta tomate un dron, inadaptada.

Llegan a la estación y la frenada reacomoda a los pasajeros, pero el hombre no se mueve de encima de Sofía con tal de estar más cerca de la ventanilla.

—Ey, estúpido, la estás ahogando. —Leandro atina a tocar el hombro de Sofía—. Ella es peso pluma y vos estás rozando la abundancia. Movete un poco o te denuncio por exceso de masa muscular.

—A quién vas a denunciar, polilla —le contesta amenazante.

—Basta, por favor, que todos necesitamos llegar a nuestras casas —les gritan desde atrás.

—Que se la aguante si se ubica cerca de la ventanilla —responde al aire con un mínimo gesto que simula reacomodarse dentro de su espacio.

—Sofía, ¿estás bien? Ya llegamos —susurra Leandro. Ella asiente.

—Permiso, por favor, ¿baja? ¿Usted baja? Salga de la puerta que está estorbando —dice Sofía a un rubio demasiado alto e inmóvil mientras se desmolda fuera del vagón.

—Sofía, esperá. ¿Vas para tu casa? —Leandro le toca el hombro y esquiva el tumulto hasta quedar al lado de ella.

—Voy para otro lado.

—¿Novio?

—Tengo unas cosas que hacer.

—¿Puedo acompañarte?

—No.

—Hasta cuándo vas a seguir odiándome, Sofía. Por favor, dejame acompañarte.

—Estoy apurada, quiero ver si puedo recuperar la bicicleta. Nos vemos mañana en el trabajo.

Sube la escalera de dos en dos por la vía rápida; con unas maniobras de *parkour* trepa por los molinetes y las paredes de la estación y pronto gana la calle. Afuera está lloviendo y los Agentes de Movilidad gritan a los que tienen paraguas que despejen los techos; ella se ubica en ese carril, pero va mucho más despacio que el carril de la lluvia.

*¿Cuánto puede pesar el pelo mojado si voy del lado de la lluvia?, piensa y apura el paso lo más posible.*

**dNX** DEL  
NUEVO  
EXTREMO